

Los Libros

LOS SONETOS DE ANTONIO LLANOS,

La tendencia más difundida entre los jóvenes cultivadores de la poesía (y aun de las artes plásticas) se determina principalmente por una voluntad manifiesta de separarse de la naturaleza. Lo cual depende acaso de la preponderancia que en todas las regiones del arte va tomando lo inconsciente sobre las tradicionales prerrogativas de la inteligencia. Las dos tendencias se completan en un eclipse natural de la lógica y en un culto premeditado de la incoherencia. Para aquellos de nosotros ya muy avanzados en la carrera de la vida o hacia la muerte cuya formación intelectual arranca de las épocas en que Spencer, Stuart Mill, Taine, Brandes, Hettner y en una esfera de menor diámetro Faguet, Lemaitre, De Sanctis y Carducci dominaban el campo del análisis literario, es difícil penetrar en el análisis de la poesía contemporánea. Para lograrlo es preciso rectificar nuestro horizonte espiritual y salir de nosotros mismos, experiencia peligrosa para la cual faltan aparatos precisos y hace falta una brújula no conocida aun.

En la tentativa audacísima de separarse de la naturaleza, los poetas de la última hora tratan de expresarse a sí mismos. No quieren representar el mundo de afuera sino su vida interior, con la incoherencia natural de su existencia emotiva. Quieren realizar en la poesía el esfuerzo maravilloso de Joyce en la composición del «Ulysses». El esfuerzo es legítimo y la tendencia podría justificarse con razones de estética. Pero importa observar

que Joyce no parece tener empeño en separarse de la naturaleza, sino al contrario en seguirla minuciosamente, reproduciendo con escrupulosa verdad, en todo su rigor natural, no su propia vida sino la vida espiritual de sus personajes. La incoherencia de los monólogos en Joyce es natural, tan natural como las funciones fisiológicas de sus personajes descritas con el mismo rigor de detalle que las alternativas del pensamiento, una función como las otras.

Pero el poeta moderno quiere expresarse a sí mismo, esquivando en cierta manera la observación de la naturaleza. El empeño es vano; porque la inteligencia y la sensibilidad del poeta moderno, por más sutiles y exaltadas que lleguen a serlo, siempre caen dentro de la naturaleza. En rigor ese empeño carece de fundamento filosófico. Nuestras ideas todas nacen de la observación. Expresarse, por tanto, es representar por medio de palabras, de colores, sonidos y líneas las sensaciones recibidas del mundo circundante y las nociones que de ellas se derivan; es describir las combinaciones innumerables formadas por tales nociones en nuestra conciencia. No podemos hacer meditaciones y discurrir mentalmente sino basándonos en las nociones que hemos derivado de la observación propia o ajena. El mundo, las cosas exteriores, pueden tener existencia real o dejar de tenerla. Acaso según dijo bellamente Hegel no sea el mundo otra cosa que «la estatua de la inteligencia». Pero en la formación de nuestras sensaciones e ideas procedemos como si el mundo exterior fuera una cosa de existencia real. Todavía es plausible la hipótesis de que si el mundo real no existe, nosotros lo creamos para que sirva de apoyo en la formación de las sensaciones, los conceptos y las emociones.

Es imposible salir de la naturaleza.

En el «Cuento de invierno» dice la encantada y encantadora Pérdita: «He oído afirmar cómo hay un arte que en su variedad fascinadora emula a la fecunda naturaleza». A lo cual observa el rey Polixenes: «Digamos que le hay. Sin embargo, no es posi-

ble acrecentar la naturaleza o embellecerla, sino usando de los medios que ella misma procura. Ese arte que tú dices ser capaz de aumentar la naturaleza es un arte de la propia naturaleza». En poco nos ocupan los nuevos poetas si pretenden escapar a las sollicitaciones del espectáculo vital, al poder ubicuo y vigilante de la naturaleza. Nada es más natural en el hombre que verter sus propias sensaciones en palabras. Dijo Leopardi que el hablar de sí mismo es señal de carácter ingenuo y bondadoso. Pero es descabellada e imposible la empresa de hablar de sí mismo, eliminando la naturaleza, porque nosotros también somos naturaleza. Tanto vale mirar un jardín como observarse introspectivamente; no hay diferencia sino en la belleza de los dos espectáculos.

Este libro de versos vivamente imaginados y traídos al mundo de las letras con arte vigoroso por una personalidad de contornos reciamente definidos no cae dentro de los cánones o la falta de cánones en que desatan su inspiración los poetas de la hora presente en todas las latitudes y en todos los tonos de la lira. Para expresarse, los cultivadores de la poesía más reciente han abandonado el ritmo como procedimiento sencillo y mecánico. El ritmo de las medidas clásicas antiguas o los acentos del verso en las lenguas modernas han sido reemplazados por vagas ondas de extensión y medida más amplias y difusas. Sus pensamientos se expresan en formas desusadas, en ritmos rotos voluntariamente, no sin la compañía de alteraciones intencionales y sugestivas. Los románticos franceses se atrevieron en su tiempo, como si fuera grande osadía, a desarticular su noble alejandrino; los simbolistas formaron nuevas combinaciones en busca de medidas que sugiriesen más de lo que palabras solas pueden comunicar a la mente humana. Los recién llegados invaden los dominios de la prosa descoyuntando su ritmo, como han descompuesto el de la poesía, para hacer coincidir la frase con sus emociones inconexas, con su anhelo de verter el pensamiento en las formas desarticuladas, irregulares y vistosas, como suele nacer y desenvolverse en la mente.

Antonio Llanos reacciona contra la tendencia revolucionaria del poeta moderno y ha escogido el soneto, la forma de mayor exigencia en la sana retórica para expresar las emociones y darle curso a la idea poética. Su tono es alto, su inspiración magnífica. Sigue con rigor de prosélito las normas de esa composición, vaso cristalino en que han abrevado los más altos vates de las lenguas modernas. El espíritu, la capacidad emotiva de quien ha hecho este libro se mantienen en la tensión máxima. La obscuridad y el silencio, los tonos crepusculares del alma y la naturaleza se representan aquí con eficacia y plasticidad inauditas. El silencio, la soledad, dos nociones que frecuentan esta rica fantasía con caracteres de arrobamiento y de éxtasis, adquieren para el lector cualidades tangibles. Se siente a veces pasar el silencio entre los bellos alejandrinos de esta serie de composiciones animadas por un hálito de inspiración juvenil y pujante.

Se «expresa» maravillosamente sin hacer expresionismo. Se «expresa» casi en forma extática, porque devuelve magnificadas y embellecidas, a veces en formas demasiado complicadas, las sensaciones que le impone a su organismo excesivamente sensible el espectáculo de la naturaleza. En su inspiración llegan a cambiarse las impresiones recibidas del mundo exterior en un solo haz de emociones. No a la manera de los simbolistas, que pretendieron darles color a las vocales o hacer poesías líricas con los diversos sabores, sino en consonancia con aquella sabia línea de Baudelaire:

Les parfums, les couleurs et les sons se répondent.

El autor de estos sonetos no ha puesto en ellos tan sólo la impresión de la naturaleza sobre el campo espacioso de su vida sensible. Raras veces describe minuciosamente, como Heredia, verbigracia, el orfebre de «Los Trofeos». Con ímpetu de alma apasionada refleja en el mundo visible las vicisitudes de su pensamiento, en frases de una ondulación amplísima, en que alternan la esperanza y el desengaño, la fe en el futuro incierto y la desolada contemplación del presente. Su fisonomía espiritual

aparece enmarcada en el paisaje exterior. Sonetos hay que recuerdan aquellas sacras imágenes de los pintores italianos en los albores del renacimiento, donde a espaldas de la figura humana, por el vacío de la ventana abierta, se alcanza a ver el paisaje como un marco ideal para realzar el carácter místico del retrato y para lograr los efectos de luz necesarios en la distribución armoniosa de los colores.

El paisaje de Antonio Llanos es ante todo espiritual y pensado. Se ensombrece con su alma y con ella recibe por instantes iluminaciones de origen remoto y como anteriores a la vida misma. Sus actitudes recuerdan a veces al místico fatigado de la existencia terrena y por momentos dejan ver la fisonomía del artista enamorado de la vida en todas sus manifestaciones. En verdad los místicos solían ser apasionados cultores de la sensación inmediata; tenían abiertos sus sentidos a las intensas impresiones de vida y arte. En tal disposición lograban elevarse a la contemplación de lo eterno. Fray Luis de León traducía subrepticamente el Cántico de los Cánticos para una devota amiga y Santa Teresa recibía en éxtasis los efluvios de lo alto sin abandonar la sartén asida por el mango. No es concebible la grande exaltación espiritual, condición primera y esencial del misticismo, sin una capacidad emotiva que arranque de sentidos refinados y eminentemente impresionables.

Sin apartarse de las sendas ordinarias de la vida, Antonio Llanos, trabajador infatigable, asume, en tensión máxima, las actitudes del místico sin llegar a los extremos de la delicuescencia. Ve la vida, sobre todo la vida espiritual, por una lente convexa y expresa sus emociones con instrumento de bronce. Su libro es una orquesta en que los metales se sobreponen espléndidamente a las remotas sonoridades de la flauta y a las quejas débiles e insistentes del violín implorante. Canta y sueña a un mismo tiempo. Por la forma, sus versos tienen la voluptuosidad de los sueños matinales y por el contenido parecen exclamaciones de una alma

fascinada y atormentada a un tiempo mismo por la vida que pasa.—B. SANÍN CANO.



LA HERENCIA MORAL DE LA FILOSOFÍA GRIEGA, por nuestro miembro correspondiente, el Rector y Profesor de Filosofía de la Universidad de Concepción (Chile), Dr. *Enrique Molina*.

Como el título de esta obra lo indica, trátase de un estudio a fondo de la «herencia moral» que la filosofía griega ha dejado como precioso e insuperable legado a la cultura de Occidente. Los nueve capítulos que informan la obra son de un valor excepcional en los anales de la filosofía contemporánea, no sólo por su valor documental, su contenido histórico, sino también por la forma bella y conceptuosa, por la claridad y elegancia de estilo con que ha sido realizada. El profesor Dr. Molina nos habla de los filósofos presocráticos, los sofistas, Sócrates, Platón, los cínicos y los cirenaicos, Aristóteles, los epicúreos, los estoicos, desarrollando con gran interés, tanto en la parte biográfica y anecdótica como en la crítica del momento histórico y de las diversas especulaciones sistemáticas, los diversos temas, y agregando con espíritu hondamente saturado de la fragancia perenne de la sabiduría helénica una unción de artista, una emoción de filósofo, de moralista y de poeta que se traduce en simpatía saludable. Nos hace vivir en compañía de aquellos filósofos del «milagro griego», según la expresión de Renan, que nos dejaron «insuperables lecciones de grandeza, de rectitud de alma, de valor, de humanidad, de respeto a las instituciones patrias, y ¡que respeto! hasta rendir la vida por ellas». El capítulo dedicado a Sócrates es uno de los más hermosos, y justifica acabadamente el párrafo transcripto de las palabras liminares del libro y de las que en la «Conclusión»